

Lengua estándar, dialectos y medios de comunicación: el euskera

(Standard language, dialects and media: the Basque case)

Díaz Noci, Javier

Univ. del País Vasco. Fac. de Ciencias Sociales y de la Comunicación. Sarriena, s/n. 48940 Leioa

BIBLID [1137-4462 9 (2002), 9; 161-183]

Recep.: 12.02.02

Acep.: 12.02.02

El euskera ha sufrido un proceso de estandarización y normativización muy tardío. A pesar de que, de forma más o menos natural, unos dialectos y variedades se han impuesto, al compás de las circunstancias históricas, como variedades de prestigio, hasta el siglo XX no se constata la necesidad de decidir cuál se impone como lenguaje de cultura, especialmente para uso escrito. En este proceso los medios de comunicación han tenido y tienen un papel decisivo. La creación de variedad estándar actual (el euskara batua) ha recibido un decidido impulso por parte de la mayoría de los medios de comunicación vascos. No obstante, los dialectos literarios y algunas variedades locales han recibido igualmente un desconocido impulso de la mano de los medios de comunicación locales. En este texto nos referimos a la utilización de las diferentes variedades de la lengua vasca en los medios de comunicación y a las tendencias de presente y futuro que se apuntan.

Palabras Clave: Medios de comunicación. Euskera. Normalización lingüística. Dialectología.

Euskara estandarizatu eta arautu da nahiko berandu. Nahiz eta historian zehar, modu naturalean edo ez hain naturalean, euskalki eta banatasun batzuk prestigiozkoak bihurtu diren, XX. mendea arte ez da benetan planteatzen hizkuntza bateratu bat sortu beharra, idazteko batez ere. Gaurko euskara batuaren sorrerak Euskal Herriko komunikabide gehienek laguntza jaso du. Hala ere, euskalkiak eta tokian tokiko barietateak ere lagundu izan dituzte hainbat komunikabidek. Tesu honetan komunikabideetako euskararen formen erabilera dugu aipagai.

Giltza-Hitzak: Komunikabideak. Euskara. Hizkuntza normalizazioa. Dialektologia. Euskalkiak.

Le basque a subi un processus de standardisation et de réglementation très tardif. Bien que, de façon plus ou moins naturelle, des dialectes et des variétés se soient imposés, au rythme des circonstances historiques, comme variétés de prestige, on ne ressent pas, jusqu'au XXème siècle, le besoin de décider lequel s'impose comme langage de culture, spécialement pour l'usage écrit. Au cours de ce processus, les moyens de communication ont eu et continuent à avoir un rôle décisif. La création de variété standard actuelle (l' euskara batua) a reçu une solide impulsion de la part de la plupart des moyens de communications basques. Pourtant, les dialectes littéraires et quelques variétés locales ont reçu également une impulsion méconnue de la part des moyens de communications locales. Dans ce texte nous nous référons à l'utilisation des différentes variétés de la langue basque dans les moyens de communication et aux tendances de présent et d'avenir qui sont évoqués.

Mots Clés: Moyens de communication. Euskera. Normalisation linguistique. Dialectologie.

INTRODUCCIÓN

Cuando se trata de la conformación de modelos escritos estándar o unificados para una lengua dada, es innegable la influencia que ejercen los medios de comunicación, sobre todo si esa lengua, como es el caso del euskera, no ha tenido un proceso previo de normativización. Especialmente, se pone de manifiesto la influencia de los medios de comunicación escritos, anteriores en el tiempo a los audiovisuales, y más apropiados que éstos para, en un primer momento al menos, fijar las reglas de la variedad estándar de la lengua. El propio Luis Villasante, presidente que fue de la Academia de la Lengua Vasca, recuerda cómo existe un “estilo estándar” en el mundo occidental que la mayoría de las lenguas que se han utilizado en un momento u otro como vehículo de cultura sigue, por muy diverso que sea su origen (Villasante, 1989).

En el momento en que comienza la prensa en lengua vasca, los idiomas occidentales que lo rodean (principalmente el español y el francés) habían ya adquirido un alto nivel de desarrollo y normativización. En el caso del castellano, ésta se produce, por citar una fecha que se admite universalmente como válida, en 1492, con la publicación de la *Gramática de la lengua castellana* de Elio Antonio de Nebrija, mientras que en el caso del euskera, a pesar de varios precedentes previos, la estandarización se produce a partir del congreso de Aránzazu, en 1968. Contaban, además, con otros medios, aparte de la prensa, para lograr la estandarización. Tampoco en euskera es el periodismo el único medio con que cuenta la lengua para producir un estilo estándar, pero, en un país donde la literatura de creación en la lengua propia tiene un desarrollo limitado, los medios de comunicación se revelan como uno de los principales caldos de cultivo para los modelos lingüísticos unificados.

Para ello son precisos determinados acuerdos y convenciones, normas que la comunidad acepta: reglas gramaticales, modelos lingüísticos estándar o unificados, determinados estilos lingüísticos (en nuestro caso, el estilo periodístico), y géneros. Todo ello contribuye a saber que llegará al receptor aquello que efectivamente espera. Por decirlo en dos palabras, se trata del proceso que explica el lingüista Joshua Fishman: “La estandarización es la codificación y la aceptación de determinadas reglas y usos que definen la utilización ‘correcta’ de la lengua en el seno de una comunidad lingüística. La codificación es un empeño típico de los *custodios linguae* o guardianes de la lengua. Estos grupos aparecen en todas las sociedades, incluso en las más especiales, y su utilización de la lengua es profesional y consciente” (Fishman, 1982). Esas características se dan también en el País Vasco, donde tradicionalmente los *custodios linguae* han sido los miembros del estamento religioso.

En la actualidad, el acuerdo en torno a la necesidad y conveniencia de utilizar una variedad estándar unificada (el llamado *euskara batua*) está comúnmente aceptada por la mayoría de los vascos peninsulares, a lo que ha ayudado, por un lado, la aceptación de los medios de comunicación (escritos y audiovisuales), que han contribuido a que esta variedad sea reconocible y se difunda entre los vascoparlantes –convirtiéndola así en variedad de prestigio),

y, por otro lado, debido al hecho de que en la Comunidad Autónoma Vasca y Foral de Navarra el euskera es, junto con el castellano, lengua oficial.

La situación es bien diferente en el País Vasco continental, donde el cultivo literario de la lengua vasca, y la formación de variedades unificadas –en concreto el navarro-labortano literario– era anterior y más enraizado que en la parte peninsular. En el País Vasco francés el euskera no es idioma oficial. En lo que se refiere a los medios de comunicación que utilizan el euskera, las variedades empleadas son la citada koiné navarro-labortana literaria y el suletino literario (muy minoritariamente), si bien se ha aceptado una ortografía común, la recomendada por la Academia de la Lengua Vasca.

No obstante, la propia Academia, artífice del euskera unificado, recomienda que se cuiden especialmente los dialectos vascos, principal riqueza del idioma. Esto, y el hecho de que hayan proliferado los medios de comunicación locales –a menudo destinados a una audiencia muy concreta y delimitada geográfica y lingüísticamente–, y de que determinados dialectos (por ejemplo, el vizcaíno) hubiesen desarrollado variedades literarias, ha provocado que, junto a la extendida utilización del euskera batua, exista un espacio reservado, de una manera u otra, a los dialectos y las hablas locales.

Eso precisamente es lo que vamos a tratar de exponer en la presente lección. En primer lugar, cómo se forman históricamente las variedades unificadas (en concreto, el *euskara batua*), y cómo, en los dos últimos siglos, el periodismo es factor decisivo en este proceso. En segundo lugar, analizaremos cuál es la posición de los medios de comunicación vascos acerca de la variedad unificada, los dialectos y las hablas locales. Y, por último, y a modo de conclusión, expondremos cuáles son las líneas de actuación que al respecto debe mantener el futuro periodista que pretenda desarrollar su ejercicio profesional en lengua vasca.

1. CARACTERÍSTICAS DEL EUSKERA PERIODÍSTICO. EL EUSKERA PERIODÍSTICO A TRAVÉS DE LA HISTORIA

Desde el mismo momento en que surge el periodismo en euskera, cuando en 1848 Joseph Augustin Chaho edita el primer periódico íntegramente escrito en lengua vasca (*Uscal Herrico Gasete*), aparecen las primeras reflexiones sobre la conveniencia de buscar un modelo lingüístico supradialectal, que allanase las diferencias y fuese inteligible para la mayoría de los vascoparlantes. Los modelos propuestos en el País Vasco continental y en el peninsular, con dialectos diferentes, y situados bajo la férula de administraciones diversas (la francesa en un caso, la española en otro) provocan esta diferencia, en cuyas causas no nos toca ahora entrar.

En cualquier caso, en ambos territorios se impone claramente un dialecto, al que se atribuye la primacía y el prestigio, tal como ha demostrado el profesor Koldo Zuazo (1992). En el País Vasco continental, donde la literatura vas-

ca escrita alcanza en primer lugar carta de naturaleza, se impone en principio el labortano, concretamente la variedad de la costa, y aún más en concreto, la de la localidad labortana de Sara, donde Pedro de Axular escribe su famoso *Gero*. Acabada la vía de la escuela de Sara a mediados del siglo XVIII, justo cuando la primacía económica se desplaza a los territorios peninsulares, se produce el paso a una koiné que toma como base el labortano clásico pero incorpora elementos bajonavarros, y que, ya en el siglo XX, el semanario *Eskualduna* de Bayona contribuirá a fijar definitivamente. Esta variedad estándar continental, que aún hoy, con lógicas incorporaciones del llamado “euskara batua”, continúa siendo el predominante en los territorios vascofranceses, fue denominada y codificada por Pierre Lafitte: el navarro-labortano literario (Lafitte, 1944/1987). El otro dialecto literario continental, el suletino, queda arrinconado por esta variedad estándar.

En los territorios peninsulares, en cambio, se impone, sobre todo a partir de la aparición de la gramática y el diccionario de Manuel de Larramendi, a mediados del siglo XVIII, el dialecto guipuzcoano, y más en concreto la variedad central o del Beterri. La mayoría de los escritores navarros, y la casi totalidad de los periodistas, emplean variedades escritas fuertemente influidas por el guipuzcoano, hasta el punto de que, habitualmente, no se habla de una variedad literaria navarra. El otro dialecto pujante del País Vasco peninsular, el vizcaíno, se incorpora más tardíamente a la producción escrita, y además, a diferencia del guipuzcoano, lo hace basado en dos modelos bien diferentes, el de Añibarro, que luego seguirá el propio Resurrección María de Azkue en su etapa de periodista, y el de Moguel y la escuela de Markina, que acentuaba las diferencias respecto a otros dialectos vascos y que luego seguirán, hasta límites exagerados, Sabino Arana y algunos de sus seguidores.

Los escritores vasco parlantes han buscado siempre modelos lingüísticos a los que recurrir para lograr un público lo más amplio posible. Ahí tenemos, sin ir más lejos, las inquietudes de Joannes Leizarraga o de Pedro de Axular, en los siglos XVI y XVII. En los albores del periodismo vasco en euskera ocurre lo mismo. En 1848, Joseph Augustin Chaho editó en Bayona su efímera *Uscal Herrico Gaseta*, tan sólo dos números. Pero ahí hallamos las primeras preocupaciones acerca de la necesidad de encontrar un modelo de lengua unificado de los medios de comunicación, para que todos los vasco parlantes puedan comprenderlo:

“Gaseta hounen hastiarequi, ezta tchipi içan goure embrassia, eta çouin herri edo probincitaco Uscaz, Escaraz, Eusqueraz edo Hescuaraz hartu eguin behargunian izquiribatceco. Hasteco, cer icen emanen dugu egun finitcen-den hilabeteari: Arramaïatça, Ekhaiña, Errearoa? Hobe liçate guisa-batez gouretaco, hobequi counprenituric içateco, Uscara-bat-baïcic ezpaliz; eta horren-gagnen, erran ahal dioquegu, goure aberatstarçunian praübe guirela. Cer eguin? Ahal beçala imprimatu, batian Ciberoutarra, bestian Bache-Nabartarra, Laphourtarra edo Guipuzcoarra, iracourçaliac Uscara subertiac oro balaquitça beçala, eztaquitçanac ikhasbitça”.

No obstante, al ser prácticamente el único redactor de su gaceta, Chaho se limitó a reproducir su propia habla, es decir, el suletino, y, en ausencia de una ortografía propia, hubo de recurrir a la del francés.

1.1. El euskera periodístico en el País Vasco continental

Es éste, por otra parte, uno de los pocos ejemplos de prensa escrita en suletino. Se comprende fácilmente por qué: además del mayor desarrollo del labortano, la mayoría de los periódicos del País Vasco continental se editan en Bayona. En los siglos anteriores es el labortano de la costa el que se convierte en referente clásico con la escuela de Sara, y por tanto el que se impone como variedad de prestigio al resto de dialectos continentales. Ya en el siglo XX, y ante el empuje de los escritores bajo navarros, y debido también a la apuesta del semanario *Eskualduna* (1888-1944), surge una nueva variedad estándar, el navarro-labortano literario, que además es explícitamente codificado al término de la II Guerra Mundial. En esas condiciones, el suletino, el más oriental de los dialectos vascos, con unas características muy diferenciadas del resto de los modelos lingüísticos del euskera, y propio de una zona con escaso desarrollo urbano e industrial, queda rápidamente arrinconado.

Por otra parte, la relación con los vascos del otro lado del Bidasoa se hace cada vez más complicada. Por una parte, ambas zonas del País conocen un desarrollo económico y político bien diferente. La frontera administrativa se convierte en un obstáculo difícil de franquear, sobre todo a partir del centralismo que impone la Revolución francesa. Desaparecen todas las instituciones propias del País, e incluso, los territorios vascos continentales pierden su categoría de entidades administrativas diferenciadas, al ser incluidas en el muy amplio departamento de los Bajos Pirineos, que engloba también tierras aquitanas. Es en ese momento cuando el País Vasco peninsular comienza a conocer un desarrollo económico mayor, lo que beneficia obviamente la producción literaria y periodística, así como, ya en el siglo XIX, la existencia de opciones políticas propias de las que carecen los vascos del Norte. Ya en los siglos XIX y XX, se llevan a cabo tímidos intentos de unificación ortográfica, sobre todo para ser utilizada en las cada vez más numerosas publicaciones periódicas en euskera, las reuniones de Hondarribia y Hendaya en 1901), que se frustran por la presencia de las huestes aranistas y sus peculiares teorías lingüísticas. Este intento se salda con el nacimiento de sendas organizaciones que agrupan a los vascófilos de ambos lados de la frontera: Euskal Eснаlea, por parte de los peninsulares, y Eskualzaleen Biltzarra, por parte de los continentales.

La situación, por tanto, no podía ser más opuesta. En el País Vasco peninsular, las condiciones fueron mejorando a partir del siglo XVIII, a medida que se resentía la economía del País Vasco continental, así que la primacía idiomática también se desplazó de un lado a otro de la frontera, y creció notablemente la utilización culta y escrita del dialecto guipuzcoano y, en menor medi-

da, del vizcaíno. En el Norte, por el contrario, con una población mucho más reducida, sin ninguna independencia administrativa –a consecuencia de la revolución de 1789, los territorios vascos peninsulares perdieron sus instituciones propias, y fueron incluidos en el departamento de los Bajos Pirineos– el dialecto labortano vio disminuir su antigua primacía. Todo ello, claro está, tuvo su influencia en el periodismo en lengua vasca.

1.2. El euskera periodístico en el País Vasco peninsular

Mientras tanto, eran cada vez más los que pensaban que era necesaria una variedad supradialectal para todos los vascos, peninsulares y continentales. Resurrección María de Azkue, Federico Belaustegigoitia, Severo Altube, Bitor Garitaonandia se mostraron a favor de un guipuzcoano “completado” (“gipuzkera osotua”), mientras tenían en contra a los partidarios de las tesis lingüísticas de Sabino Arana, cuya cabeza visible era Evaristo Bustinza. Otros, como Arturo Campión o Pierre Broussain, se mostraban favorables a partir de los dialectos guipuzcoano y labortano para diseñar una variedad culta unificada, y así lo manifestaron en el informe que les encargó en 1920 la Academia de la Lengua Vasca. Por fin, otros, como Julio de Urquijo o el insigne filólogo español Ramón Menéndez Pidal, mantenían una opinión mucho más prudente sobre la conveniencia de la unidad de la lengua literaria.

En guipuzcoano apareció *Argia* (1921-1936), un semanario informativo donostiarra que consiguió formar un numeroso público vasco parlante. Tal vez fuese una de las razones de su éxito que partió de un modelo lingüístico escrito que tomaba como base el habla del pueblo, al que luego ofrecía un modelo codificado, coherente y correcto, que el lector reconocía como suyo. La postura de los vizcaínos aranistas no fue tan unificadora, ya que proponían exactamente lo contrario: tomar algo de todas las variedades vizcaínas, expurgar todo elemento castellano (y, de paso, latino, aunque estos préstamos fuesen de época romana y, por tanto, anteriores a la propia formación del español), sustituir estos vocablos por otros de nuevo cuño y presentar ese modelo expurgado y lleno de neologismos a los hablantes como modelo a seguir. Se trataba de una variedad que no sólo pretendía acentuar las diferencias con el idioma castellano, sino también con otros dialectos vascos, especialmente el guipuzcoano. Postura que, por cierto, venía de Pedro Pablo de Astarloa y de Juan Antonio Moguel, y tomaba como base la variedad vizcaína de Markina. Los seguidores de Arana quedaron fuera de la Academia de la Lengua Vasca cuando ésta se formó, en 1919.

Existían, sin embargo, otros escritores y periodistas vizcaínos que no participan de estas tesis puristas, que preferían la tradición literaria de Añibarro y proponían un modelo estándar codificado mucho más cercano al habla cotidiana.

Siquiera sea brevemente, analicemos cuáles fueron los modelos lingüísticos del periodismo en lengua vasca de la preguerra:

A) UTILIZACIÓN DEL DIALECTO VIZCAÍNO

A diferencia de lo que ocurrió en el dialecto guipuzcoano, no hubo un único modelo propuesto como variedad unificada vizcaína. Una de las causas de ello es, como recuerda Itziar Laka, que “en el proceso de recuperación de los años 1870-1880 no existía ningún modelo que pudiera ser seguido: Moguel y Añibarro estaban pasados de moda, porque sus respectivos caminos no tuvieron continuación en el siglo siguiente”. A pesar de todo, a principios del siglo XX ambos modelos cobraron nuevos bríos, de la mano de Sabino Arana, fundador del Partido Nacionalista Vasco, y Resurrección María de Azkue, lingüista, músico, periodista y, en 1919 y hasta su fallecimiento, primer presidente de la Academia de la Lengua Vasca, respectivamente.

Arana y Azkue (así como Miguel de Unamuno) eran contemporáneos, y, conscientes de la ausencia de modelos para el dialecto vizcaíno, propusieron soluciones bien distintas. Con el tiempo, Azkue se convertirá en el primer presidente de la Academia de la Lengua Vasca, y los aranistas (Sabino Arana había fallecido años antes) se quedaron deliberadamente al margen. Si en principio las relaciones entre Azkue y Arana eran buenas, la polémica de la Cátedra de Vascuence de la Diputación Foral de Bizkaia, que se llevó el primero (también concurrió a la misma Unamuno), enturbió sus relaciones, y les llevó –sobre todo a Sabino Arana– a posiciones encontradas. Arana rechazaba sistemáticamente toda novedad aportada por Azkue. Ambos mantenían por entonces posiciones puristas: mientras Azkue proponía buscar siempre un término de raíz euskérica, aunque correspondiese a un limitado dominio lingüístico y fuese utilizado por un número reducido de hablantes, y desdeñar el equivalente de raíz latina –aunque su uso fuese más extendido o más antiguo–, Arana proponía sustituir esos mismos términos por palabras inventadas con escaso rigor filológico en muchas ocasiones. Mientras el vizcaíno de Arana se alejaba cada vez más de la realidad y de los hablantes, hasta que en sus *Lecciones de Ortografía del euskera bizkaino* propuso un modelo que Itziar Laka denomina “hipervizcaíno”, Azkue se deslizaba hacia modelos integradores. Como recordó en su día el también vizcaíno Severo Altube, el fundador del nacionalismo vasco promovió “un euskera que constituye por sí un lenguaje especial, alejado en demasía del que usa y entiende la inmensa mayoría de los euskaldunes, el llamado ‘euskera-garbi’ por los críticos, y con más exactitud ‘euskera berri’ por nuestros baserritarras”.

Por su parte, Azkue, promotor de tantas iniciativas culturales, fue también un insigne periodista. Al filo del fin de siglo, en 1897, fundó el semanario *Euskalzale*, en el que quiso “contribuir a esta unificación en el dialecto bizkaino”, y años después, ya a principios del siglo XX, puso en marcha el también semanario *Ibaizabal*, “dejando a un lado el mal llamado sistema markinés, el mogueliano, y adoptando el de Añibarro”. Sin embargo, este segundo periódico, a diferencia del primero, no estaba sólo escrito en vizcaíno, sino que fue redactado a partes iguales en ese dialecto y en guipuzcoano. Toda la trayectoria de Azkue se encamina hacia la unificación idiomática para usos cultos; toda la trayectoria de Arana y sus seguidores busca acentuar la diferencia, pues

siempre consideran que las teorías filológicas deben estar supeditadas al ideario político.

Con el tiempo, R.M. de Azkue propuso lo que él llamó “guipuzcoano completado”, y en esa variedad supradialectal –cuyo concepto era similar al del navarro-labortano literario– escribió la novela *Ardi galdua* (1919). No estuvo solo en su empeño, ya que contó con toda la redacción del semanario *Argia*, y en especial con Bitor Garitaonandia, un jesuita, curiosamente, de habla vizcaína como él, y del guipuzcoano Gregorio Múgica. Así, mientras en el País Vasco continental *Eskualduna* mostraba con éxito los caminos de la unificación lingüística entre los dialectos de la zona, lo mismo ocurría en el País Vasco peninsular con *Argia*. En ese proceso, dos dialectos, los dos más extremos en lo geográfico y lo morfológico, y debido también a su peculiar cultivo literario y periodístico a lo largo de la historia, quedaron en inferioridad de condiciones: el vizcaíno y el suletino.

Tal vez por el modelo de lengua propuesto, los medios de comunicación vizcaínos en lengua vasca, sobre todo los del PNV, consiguieron antes de la Guerra Civil un muy limitado eco. Debido a la escasa influencia que las teorías lingüísticas de sabino Arana tuvieron entre los guipuzcoanos, la polémica entre aranistas y académicos de la lengua vasca fue también una polémica, o al menos un divorcio, entre guipuzcoanos y vizcaínos. Sólo al final de los años treinta surgen voces, dentro del ala más progresista del nacionalismo vasco –Acción Nacionalista Vasca, un partido laico y urbano nacido como respuesta al nacionalismo del PNV–, que proclaman la necesidad de llegar a soluciones lingüísticas para el conjunto de los vascos, o al menos para aquellos del País Vasco peninsular.

B) LA UTILIZACIÓN DEL DIALECTO GUIPUZCOANO. EL CASO DE ARGIA

Como hemos dicho, de los promotores del semanario donostiarra *Argia*, dos de los nombres más importantes son los de Bitor Garitaonandia y Gregorio Múgica. A la hora de elegir un modelo de lengua, la influencia del primero es más que destacada. A pesar de ser vizcaíno, y de habla vizcaína, Garitaonandia estaba convencido de la necesidad de elegir de entre todos los dialectos uno que sirviese para todos los vascos, y que ese dialecto era el guipuzcoano. No un guipuzcoano cualquiera, sino la variedad central, del Beterrí, la misma cuya gramática, la primera de la lengua vasca, había analizado Manuel de Larramendi en el siglo XVIII, una lengua basada en la hablada pero convenientemente normativizada. Para definir el modelo de *Argia*, lo mejor es recurrir a las palabras de un contemporáneo, Justo María Mokoroa, que proponía como mejor variedad para el periodismo “un euskera [guipuzcoano] equidistante y céntrico bajo cualquier aspecto” (Mokoroa, 1936). El objetivo era, claro está, llegar al mayor número posible de lectores, porque ése es precisamente el objetivo de todo medio de comunicación de masas. Como no era posible acceder a todos los vascoparlantes, se optó por delimitar un público lo más amplio posible, y uno de los factores más importantes en ese proceso

fue la lengua. Como recuerda Luis Núñez Ladevéze, “un público es un círculo discriminador entre un destinatario posible muy amplio que potencialmente son todos los hablantes. El público se recorta en la masa y se distingue de ella”. Pero, al propio tiempo, “la aparición de un lenguaje de contenido público, aunque parezca discriminatoria en principio, conlleva el germen de la disolución de diferencias minoritarias previas” (Núñez Ladevéze, 1979).

Por tanto, la lengua utilizada en *Argia* no era exactamente la variedad hablada, sino una lengua que busca ser comprendida por el mayor número posible de personas, como recuerda Núñez Ladevéze, “se trata de buscar un lenguaje común que ahogue las diferencias (...). El lenguaje periodístico tendrá y tiene analogías con el uso corriente del lenguaje, pues habrá de ser decodificado por un sujeto múltiple que, en líneas generales, es el hombre corriente en su condición de tal (...) Vamos a decir entonces que es un lenguaje mediador de validez común (...). Si el lenguaje corriente cotidiano no es selectivo, ya que está descondicionado, el lenguaje de los medios está fuertemente condicionado (...). Para escribir un lenguaje mediador de “validez común” se requiere un aprendizaje, la posesión de una técnica, y la capacidad para transmitir determinados contenidos”.

Argia llegó a editar en 1923 lo que puede compararse, salvando las distancias, con los actuales libros de estilo. Se trata de elegir una variedad de lingüística guipuzcoana, la central o del Beterri, despojarla de incorrecciones y errores, decidir cuál es la declinación correcta, dar preferencia a diversas variantes sobre otras (“onek” mejor que “aunek”, “orretan” mejor que “ortan”) y, sobre todo, ofrecer unos criterios claros sobre la conjugación verbal, punto especialmente importante en la lengua vasca.

C) LA POSTURA DE LOS PERIODISTAS NAVARROS

Aunque tradicionalmente no se ha considerado que el dialecto (o dialectos) navarros son una lengua literaria en sí mismos, el periodismo vasco del primer tercio de siglo cambia en parte esta concepción. Determinadas revistas (*Zeruko Argia*, de los capuchinos de Pamplona) y periodistas (sobre todo, Dámaso Intza y Fermín Irigaray) contribuyeron a dar un rumbo unitario a la lengua periodística altonavarra, incidiendo en los elementos comunes con el dialecto guipuzcoano –sobre todo, con la variedad estándar– y buscando el mayor número de lectores posible.

El modelo utilizado en *Zeruko Argia* era bien lejano del aranista, y estaba claramente influido por el guipuzcoano. Se mantenían aquellas características comprensibles o comunes con otros dialectos centrales, se eliminaban las variantes diferentes. En definitiva, se adoptaba un modelo codificado, el que en 1919, la misma fecha de la fundación de la Academia de la Lengua vasca y del nacimiento de la propia revista de los capuchinos de Pamplona, propuso uno de ellos, B. de Arrigarai (seudónimo de Celestino Caparros) en su *Euskel-irakaspidea o sea Gramática del euskera*.

Por su parte, Fermín Irigaray, médico y periodista, fue el puente integrador entre varios dialectos. Escribió en publicaciones navarras, guipuzcoanas, vizcaínas y continentales, y por tanto, su estilo personal, basado en el dialecto navarro aprendido en su niñez, luego olvidado y más tarde recuperado –en un proceso que integraba a la vez lo oral y lo escrito– en su edad adulta, buscaba que cualquier lector, fuese cual fuese su habla, entendiese lo que él escribía. Siendo el dialecto guipuzcoano de *Argia* el más cercano al navarro, y siendo el propio Irigaray asiduo colaborador del semanario donostiarra, es fácil comprender que su escritura esté teñida de elementos guipuzcoanos.

Tras la Guerra Civil, y tras la Guerra Mundial, que afectó al País Vasco continental, los caminos apuntados se interrumpieron en buena medida. Sólo a partir de 1945 fueron recuperándose la cultura y el periodismo vascos. Los modelos lingüísticos de preguerra, salvo el navarro-labortano literario, que continuó cultivándose en el semanario *Herria*, perdieron su esplendor. Los vascos peninsulares debieron editar sus periódicos en la clandestinidad o el exilio: *Euzko Gogoa*, *Yakin*, *Anaitasuna*, *Egan*, revistas culturales, intentan recuperar el terreno perdido. Surgen Radio Segura y Radio Arrate, en Segura y Eibar respectivamente, y el euskera se va incorporando poco a poco a los medios audiovisuales.

La década de los años 60 será clave para el desarrollo de una lengua unificada, y los medios de comunicación, elemento clave en su formación y difusión. El nuevo modelo, que a pesar de las dificultades iniciales consiguió después el consenso casi general, recuperaba en cierto modo –aunque se plasmasa de modo algo diferente– el concepto del “guipuzcoano completado” de Resurrección María de Azkue.

2. EL EUSKARA BATUA. CONTRIBUCIÓN DEL PERIODISMO A LA FORJA DE UN LENGUAJE UNIFICADO

2.1. El nacimiento del *euskara batua*

El *euskara batua* o unificado se plantea, desde su origen a finales de los años 60, como una lengua literaria. Como recuerda uno de sus artífices, Luis Villasante, eso no quiere decir que se utilice únicamente para la producción literaria, al menos no si entendemos que la literatura es únicamente la de creación, y no cualquier uso escrito. En este caso, lengua literaria y lengua escrita, o lengua para usos cultos, vienen a ser sinónimos. A lo largo de la historia, en la mayoría de las lenguas, al menos en aquellas que han conseguido un status oficial, se ha producido un proceso de unificación, normativización o “gramaticalización” y estandarización. Eso ocurrió, por ejemplo, en el caso de la lengua castellana, cuyo proceso de unificación es paralelo al de unificación política, y surge, por poner una fecha clave, en 1492, año en que se publica la *Gramática* de Elio Antonio de Nebrija, en pleno reinado de los Reyes Católicos. Otra de las lenguas peninsulares, con más tradición literaria que la vas-

ca, y también utilizada desde mucho antes como lengua de la Administración, es la catalana, cuya unificación la pone en marcha Pompeu Fabra a principios de este siglo, y a ello contribuyen factores como, por ejemplo, el periodismo, sin ir más lejos, *La Veu de Catalunya*, modelo por cierto de tantas publicaciones vascas de preguerra (Díaz Noci, 1995e).

De modo general, existen dos maneras de unificar una lengua: uno “natural” (insistamos en las comillas, porque, a la hora de hablar de lenguas, artificio por excelencia, no es del todo apropiado hablar de naturalidad), y otro planificado e impuesto por los hombres. El propio Villasante (1989) cita estas dos variantes:

a) En el primer caso, un dialecto (luego expondremos con algo más de detalle qué incluimos dentro de este concepto) se impone a otros límites, por razones históricas o políticas.

b) En el segundo caso, la variedad común es una variedad escrita o, mejor dicho, una variedad culta (por ejemplo, la que utilizan los medios de comunicación, escritos o audiovisuales). Los dialectos, o mejor dicho, las variedades habladas, se mantienen, pero se establece una variedad normativizada para uso culto. Éste es el caso del euskera.

Aunque el euskera batua es una creación reciente (tiene apenas treinta años), tradicionalmente se ha considerado que, en lo que respecta a la producción escrita, existían –así se han denominado– cuatro “dialectos literarios”, aunque sería tal vez mejor decir que han existido cuatro variedades escritas, fundamentalmente, una situación que los autores clásicos (por ejemplo, Arturo Campión en su *Gramática de los dialectos literarios del euskera*) comparan con la de la Grecia antigua: varios dialectos que dan paso, con el tiempo, a una *koiné*.

De las citadas cuatro variedades literarias vascas clásicas, el labortano es la primera de ellas en el tiempo, y una de las más influyentes y duraderas: primero el labortano clásico de la escuela de Sara (de Pedro de Axular y su grupo a Joannes Etcheverry de Sara, es decir, los siglos XVII y XVIII), que luego da paso al navarro-labortano literario (siglos XIX y XX), con la decisiva intervención de los medios de comunicación continentales y, sobre todo, del semanario *Eskualduna* (especialmente la época en que fue dirigido por Jean Hiriart-Urruty). Junto al labortano, el suletino, el dialecto más oriental, con una producción literaria mucho más baja que la del resto de variedades cultas. En el País Vasco peninsular, el guipuzcoano (un guipuzcoano central, del Beterri, el guipuzcoano que propone Manuel de Larramendi en *El imposible vencido*, la primera gramática vasca, en el siglo XVIII), que absorbe la producción altonavarra –este dialecto no llega a consolidarse como variedad literaria– y el vizcaíno, algo más tardío, en el que conviven dos modelos bien distintos: la propuesta de la escuela de Markina (Juan Antonio Moguel y Pedro Pablo de Astarloa), un modelo que acentúe lo más posible las diferencias respecto a otros dialectos, y sobre todo frente al límite y muy poderoso guipuzcoano, y la

propuesta, más conciliadora e integradora, del padre Añibarro. Todas estas variedades literarias históricas tendrán su reflejo, y su desarrollo, en la prensa, como ya hemos visto.

De todas esas variedades surgirá una lengua estándar, no sin que previamente se hicieran varios intentos, algunos de los cuales ya hemos examinado. Será en 1968 cuando el poeta y académico Gabriel Aresti proponga a la Academia de la Lengua Vasca que se retome un antiguo problema y un antiguo deseo, y, a punto de celebrar su 50 aniversario, la Academia decide celebrar un Congreso. Manuel Lekuona, a la sazón presidente de Euskaltzaindia, pide a Koldo Mitxelena que forme una comisión al efecto, ésta redacta un plan general y lo presenta en el Congreso de Arantzazu. La unidad de la lengua culta, aún un objetivo sin culminar, tenía un objetivo claro: que los dialectos no se diferenciasesen más entre sí –se rechazan, por tanto, las tesis aranistas– y, por el contrario, buscar los puntos de contacto mutuos. La unificación de la lengua consiguió, a la vez, dos logros muy importantes: unificar la ortografía, por un lado, lo cual provocó no pocas tensiones (la propuesta de utilizar la letra “h”, utilizada profusamente en los dialectos continentales y apenas nada en los peninsulares, fue atacada por varios escritores de edad), y unificar el complejo sistema verbal vasco, basándose sobre todo en los dialectos centrales, los que, por otra parte, habían conseguido mayor desarrollo literario: el labortano, mejor dicho, el navarro-labortano literario, y el guipuzcoano culto, aquél que se cultivó con tanto acierto en *Argia*. Todos los pormenores del proceso de unificación –aún no concluido– pueden leerse en el libro de Koldo Zuazo *Euskararen batasuna* (Euskaltzaindia-Euskal Herriko Unibertsitatea, 1988).

2.2. Utilización del *euskara batua* en los medios de comunicación

Siendo como es el *euskara batua* la variedad para usos cultos, no cabe duda que debe ser también la lengua de los medios de comunicación, y de hecho lo es de la mayoría de ellos, al menos de los peninsulares, donde la nueva estructura político-administrativa del Estado español permite la formación de comunidades autónomas (la del País Vasco y la foral de Navarra), donde el euskera es, junto con el castellano, lengua oficial y objeto de especial protección.

De todos los medios de comunicación vascos, probablemente fuese la revista *Anaitasuna* la primera que, a finales de los años 60, es decir, recién acuñada la nueva variedad unificada, se decidiese a utilizarla. Se trata de una publicación que editaron desde 1945 hasta mediados de los 70 los franciscanos, con dos ediciones, la guipuzcoana que dirigía Eugenio Agirretxe y la vizcaína que dirigía Imanol Berriatua, y cuyos dos objetivos principales eran impulsar la fe cristiana, en una época en que “la prensa es el rey”, y apoyar la utilización de la lengua vasca en todos los ámbitos de la sociedad. De alguna manera, renovar el viejo axioma de la identidad entre fe e idioma (“euskaldun-fededun”), pero ahora en un mundo industrializado y urbano. A pesar de que en

un principio utilizaban sendas variedades, la guipuzcoana y la vizcaína, a partir sobre todo de 1956 aceptaron completamente las normas de la Academia de la Lengua Vasca, y en las décadas siguientes se convirtieron en fervientes defensores de la variedad normalizada, a la vez que se convertían en una revista de información general. En 1970 aparecieron en *Anaitasuna* los primeros textos en *euskara batua*, lo cual era un riesgo y un paso adelante a la vez, dieron a conocer los trabajos de Xabier Kintana y Gabriel Aresti, y desde luego aceptaron a pies juntillas la polémica nueva ortografía.

Para 1975, todos los medios de comunicación en lengua vasca de la parte peninsular utilizaban el *euskara batua*. No tanto lo medios audiovisuales, aunque también dieron algunos pasos en pro de la normalización. Puesto que el *euskara batua* es una variedad que nace para usos escritos, es lógico que sea en la producción impresa donde antes se utilice. En realidad, habrá que esperar el nacimiento, en los años 80, de Euskal Irrati Telebista (EITB), para que se utilice de forma regular el euskera batua en las emisiones audiovisuales, puesto que los antecedentes (1975) de las emisiones en euskera del centro territorial de Televisión Española no pasan de testimoniales.

Muerto Franco, surgieron nuevos medios de comunicación por doquier. Aparecieron en el País Vasco dos nuevos diarios, ambos de ideología nacionalista, *Deia* y *Egin*, en los que se dedica algún espacio cotidiano al euskera (*batua*). También se consolidan las radios: Segura Irratia, Arrate Irratia (Eibar) y, sobre todo, Radio Popular-Herri Irratia de Gipuzkoa (Loiola y San Sebastián). Como recuerda Koldo Zuazo (1988), “sería Radio Popular de Loiola la que dio los primeros pasos en favor de la normalización del euskera, tratando de adaptar la lengua vasca al cultivo de cualquier tema”. También existía Radio Popular de Bilbao, que emitía algún programa en euskera. En 1983 empiezan a emitir Euskadi Irratia y Euskal Telebista, cuyo principal objetivo era la difusión del euskera. El modelo lingüístico era, sin discusión, el *euskara batua*, a pesar de algunas discusiones (Joan Mari Torrealdei, 1988), que reaparecen a menudo: cómo dar cabida también a los dialectos, la riqueza del idioma, o los problemas de aplicar sin más los criterios de la lengua escrita a la hablada, o el supuesto calco que se hace del castellano, son algunos de los temas que periódicamente se ponen en el candelero.

Sea como sea, hoy en día puede decirse que el *euskara batua* está del todo aceptado como variedad culta –a pesar de que se trata de una variedad no del todo consolidada– en el País Vasco peninsular, mientras que en País Vasco continental, donde los territorios vascos carecen de autonomía administrativa, la situación es bastante diferente. La propia Academia de la Lengua vasca, a pesar de ser aceptada, no ha tenido hasta hace poco ningún status oficial. El euskera no es lengua oficial, ni recibe protección ni reconocimiento alguno por parte del Estado. Existen medios de comunicación en euskera, de estructura más débil que los de la parte peninsular. El semanario *Herria*, heredero de *Eskualduna* y modelo lingüístico de la zona, se publica ininterrumpidamente desde 1944, aunque el influjo de los medios audiovisuales ha disminuido notablemente su influencia. Las radios tienen un pe-

so específico mayor: desde 1967 la radio oficial, Radio France Pays Basque, emite diariamente algunos minutos en lengua vasca. En 1981, llegados los socialistas al poder, surgen algunas radios libres: Gure Irratia, Irulegi Irratia, Xiberoko Botza. En todos estos medios la presencia del *euskara batua* es prácticamente inexistente, salvo en la ortografía, donde sí se respetan las reglas de la Academia. Por lo que respecta a modelos unificados, se utiliza o el suletino (Xiberoko Irratia) o la *koiné* navarro-labortana a que ya nos hemos referido.

La necesidad de un diario íntegramente escrito en euskera ha sido un deseo que, a pesar de que se ha puesto de manifiesto hace décadas, sólo se ha materializado en los años 90, tras los dos intentos, subvencionados por el Gobierno Vasco, de *Eguna* y *Hemen*, uno de la empresa que edita *Deia*, y el otro de la que publica *Egin*. Se trataba de sendos semanarios con apariencia de diario con el objeto de experimentar con la posibilidad de un periódico en lengua vasca. Pasada esa fase, y tras varios dimes y diretes, y de que el proyecto gubernamental no pudiera llevarse a cabo, fue la iniciativa privada la que logró poner en la calle, en 1990, el segundo diario íntegramente redactado en euskera (el primero fue el que durante la primera mitad de 1937, en plena Guerra Civil, se publicó en Bilbao: *Eguna*). Este segundo diario, que continúa publicándose hoy, es *Euskaldunon Egunkaria*, donde se utiliza el *euskara batua*.

A la existencia de varios medios de comunicación en euskera, hemos de añadir otro factor que apuntala la variedad estándar unificada: la publicación de sendos libros de estilo, el de EITB y el de *Euskaldunon Egunkaria*. En el primero se deja bien claro que “será el *euskara batua* el que se utilizará en los informativos de televisión, aunque tienen cabida todos los dialectos vascos”, y se insiste en el objetivo de unificar: “El euskera unificado, como dice su propio nombre, ha de unir y no separar ni dispersar”. La norma general es velar por que se cumplan “los criterios y caminos de normalización”, y se establece que “se utilizará, entre las diversas variantes de una palabra, la propuesta para el *euskara batua*”. Es comprensible, ya que entre los objetivos prioritarios de EITB se encuentra el contribuir e impulsar la normalización del euskera.

El caso del diario *Euskaldunon Egunkaria* es diferente. Al contrario que EITB, se trata de un medio de comunicación privado, a pesar de lo cual la apuesta en favor del *euskara batua* es también meridiana. En la introducción a su libro de estilo se incide en la importancia del *euskara batua* y del proceso de estandarización a esta variedad implícito, y se especifica que “no es trabajo fácil unir la necesaria unidad de quien transmite noticias a todos los vasco parlantes y la flexibilidad precisa para no ahogar las variedades de cada uno”. También aquí son aplicables las teorías de la Pragmática Periodística, porque todos los cambios sociales y las relaciones entre sociedad y medios de comunicación tienen su reflejo en la lengua, ya que los modelos lingüísticos no son sino acciones sociales, que llevan a cabo los medios de comunicación y los propios hablantes-lectores.

3. CONCEPTO Y UTILIZACIÓN PERIODÍSTICA DE DIALECTOS Y HABLAS LOCALES

Al contrario de lo que sucede en la mayoría de las lenguas normativizadas hace tiempo, en el caso del euskera se plantea con frecuencia el problema de la cabida que los dialectos y las variedades o hablas locales han de tener en los medios de comunicación, y en usos cultos en general.

El concepto de “dialecto” ha cambiado ciertamente a lo largo de los años. En ocasiones los conceptos de “dialecto” y “lengua común” han sido opuestos. Otras veces se le ha dado un significado geográfico. Así, un dialecto sería aquella variedad lingüística que se utiliza en una parte de una determinada zona, y la lengua aquella otra variedad que se utiliza en toda la zona. De ahí, por ejemplo, el concepto de *patois* que se impuso tras la Revolución francesa, en el que se incluían no sólo variedades del francés, sino también lenguas no latinas, como el vasco o el bretón.

El concepto más utilizado hoy en día, el más científico, es un concepto sociolingüístico. Es preciso distinguir, en principio, el dialecto del idiolecto, que, como recuerda Rosa Miren Pagola (1991), se complica con los diferentes registros que utiliza cada hablante, según la situación en la que se halle”. Existen, por tanto, dos ejes sobre los que fundamentar el concepto de dialecto: el horizontal o geográfico y el vertical o social. En ocasiones, ambos se confunden. Es posible que una persona utilice un solo tipo de habla en todo momento, pero es mucho más probable que tenga varios registros, según la situación. Generalmente, no hablamos igual en un ambiente distendido, con nuestros amigos, que en el ámbito profesional, donde empleamos un vocabulario técnico y mostramos un mayor respeto a las normas gramaticales, aún mayor si lo hacemos por escrito. Otros, finalmente, mezclan lo social y lo geográfico, y así, el idiolecto de grado bajo, el que se utiliza con los amigos, por ejemplo, suele ser el dialecto, mientras que el registro alto coincide, o puede coincidir, con la variedad estándar, con el *euskara batua* en el caso de la lengua vasca, o, antes sobre todo y en menor medida ahora –aunque también en algunos medios de comunicación– con un “dialecto literario”, es decir, una variedad dialectal codificada y normativizada.

En otras lenguas (pensemos, especialmente, en las lenguas del entorno, el español y el francés) la variedad estándar se ha impuesto hace tiempo y ha desplazado totalmente en usos cultos cualquier otra variedad, e incluso, en muchos casos, sobre todo en ámbitos urbanos y en clases medias y altas, se ha impuesto como única variedad hablada. Lo cual no quiere decir que se trate de un modelo cerrado o inmutable: todas las lenguas, y todas las variedades, son cambiantes, evolucionan, porque cada día los hablantes las adaptan a sus necesidades. Existe, en cambio, un modelo establecido para usos cultos, y los dialectos no tienen demasiada cabida en esas funciones. El modelo estándar (en el caso del francés ello es patente a partir de la Revolución de 1789) se identifica con la variedad culta, oficial en muchos casos, y los dialectos con el uso cotidiano, no culto. El dialecto es así no sólo una clasificación geográfica, sino que suele identificarse como única posibilidad de varie-

dad baja. Por supuesto, éso no es necesariamente así, pero en la mayoría de las lenguas de Occidente ocurre así, y ésa parece ser también la tendencia en el caso del euskera.

Aunque una lengua no esté normalizada, y su uso, culto o no, se halle dividido en varios dialectos, parece que existe una idea que tiene el status de lengua. Existen reglas comunes, que permiten a los hablantes entenderse entre sí. Como recordó el propio Koldo Mitxelena, en la lengua vasca, y en sus dialectos, es más lo que hay de unidad que lo que hay de diversidad. de alguna manera, existe una “protolengua”, compuesta por esas normas comunes, es decir, una construcción ideal, que no existe en el mundo real. La lengua común, sea una protolengua o una lengua real, normalizada, está por encima de las variedades dialectales y de los idiolectos. Aunque, claro está, no se trate de un sistema eterno ni inmutable. Las lenguas cambian, y en ocasiones los dialectos alcanzan el status de lengua. Es el caso, por ejemplo, de las lenguas latinas, primero dialectos del latín, que más tarde alcanzan categoría de lenguas en sí mismas, por circunstancias geográficas e históricas, mientras que la lengua original se fosiliza.

Por supuesto, y aún dentro de las normas comunes de la lengua, los dialectos poseen su propio sistema, que es lo que los hace, precisamente, distinguibles como categoría en sí mismos. Pueden tener su propio vocabulario –aunque la mayor parte de su acervo léxico sea común–, sus propias particularidades fonéticas, sus propias reglas sintácticas, pero la mayor parte de su sistema léxico, fonético, sintáctico será común.

En principio, lenguas y dialectos son “naturales”. No es que creamos que éste sea un término demasiado afortunado, ya que toda construcción lingüística es un artificio humano. Se acerca más bien al concepto de lengua hablada. Tanto las lenguas comunes, si existen, como los dialectos, pueden ser hablados y escritos. En algunos casos la lengua común no se escribe –cuando es una entelequia, una protolengua, como ocurrió con el euskera antes del nacimiento del *batua*–, en otros casos, en cambio, no se escriben los dialectos –el caso del castellano actual, aunque sí existen algunas variedades dialectales escritas en épocas pasadas: el sayagüés que aparece en algunas comedias del Renacimiento, por ejemplo–, porque la única variedad a la que se otorga la categoría de lengua escrita, culta, es al modelo estándar. En otros caso –por ejemplo, actualmente en euskera– existen usos escritos para la lengua común y para (algunos) dialectos, aunque generalmente, y ése es el caso vasco, es la lengua común la que detenta la primacía para usos cultos.

Surgen así lo que históricamente se han denominado lenguajes –o dialectos– literarios, de los que ya hemos hablado. En el caso del euskera, son más los dialectos hablados que los literarios: el bajonavarro –que algunos consideran no un dialecto, sino dos– se confunde con el labortano como variedad escrita, y lo mismo ocurre con el altonavarro, que también suele incluirse dentro de la producción literaria guipuzcoana, al menos hasta el siglo XX. En los dialectos literarios, como en cualquier otra variedad culta, se produce una codifi-

cación y una normativización. El propio uso produce reglas lo más generales posible, para que esa variedad la pueda entender el mayor número posible de personas. Puede aparecer asimismo una codificación explícita, en nuestro caso, la más importante la que hace Arturo Campión en el siglo XIX con su ya citada *Gramática de los cuatro dialectos literarios del euskara*. Y las variedades escritas –quisiéramos hacer hincapié en esto– no son meras transcripciones de la lengua hablada, sino que también ahí encontramos un proceso artificial, un resultado guiado por unas técnicas y éstas, a su vez, por el deseo de obtener unos resultados concretos.

Las hablas locales, por su parte, tienen un dominio más limitado que lenguas comunes y dialectos. Dentro de un mismo dialecto pueden existir, a su vez, variedades más o menos pronunciadas y reconocibles, que suelen identificarse con los usos de una determinada localidad o comarca. En este caso, las variantes respecto al dialecto son menores que las de éste respecto a la lengua común, y en ocasiones sólo son del todo perceptibles para los hablantes de esas variedades. Sin embargo, por diversas razones, en ocasiones se concede bastante importancia a esas variedades lingüísticas. A menudo, nos podríamos preguntar si no se trata de acentuar las diferencias más que de convocar las bases comunes, tal vez para que la variedad propia adquiera prestigio, lo cual suele hacerse, aunque no necesariamente, en detrimento del prestigio del dialecto o la lengua común. Esto provoca, en ocasiones, que se busquen e incluso se provoquen las reglas particulares, en vez de las generales. Pero no puede negarse, por otra parte, la importancia que tiene en los medios de comunicación poder acceder de forma efectiva al receptor, es decir, al lector, oyente o espectador, y que para ello sea perfectamente lícita la utilización de las variedades locales. Sin olvidar el importante papel que pueden desempeñar determinados medios de comunicación en la conservación e impulso de la rica cultura popular, incluida la diversidad lingüística.

Hoy en día, es clara la supremacía del *euskara batua* en usos cultos, pero también lo es la pervivencia de las variedades dialectales como lengua cotidiana. Buscar el equilibrio entre ambas –recordemos que la propia Academia de la Lengua Vasca, artífice de la variedad estándar, ha recordado en más de una ocasión la necesidad de conservar y potenciar los dialectos– es también tarea de los medios de comunicación, a los que, junto con el sistema de enseñanza, se ha acusado en más de una ocasión de provocar la sustitución de las variedades locales por el *batua* incluso para usos coloquiales. De esta manera, en el libro de estilo de EITB se cita una frase que puede parecer obvia, y que sin embargo no lo es tanto: “Al hacer preguntas o entrevistar a gente de fuera, claro está, el propio invitado elegirá la variedad lingüística que va a utilizar, que puede ser cualquier dialecto”. Otra cosa es que eso mismo pueda reflejarse con igual fidelidad en los medios escritos, aunque a veces se intente, con resultados por cierto desiguales.

Otra excepción a la regla de utilizar el *euskara batua* en EITB son las crónicas de los corresponsales, en las que el libro de estilo permite que se inter-

calen pasajes en alguno de los dialectos del euskera, de la variedad local correspondiente o dando un toque local a esa crónica. A nuestro entender, aquí se citan dos conceptos interesantes: el dialecto local (es decir, un habla que tienen un dominio geográfico más reducido que el del propio dialecto) y el “toque dialectal”, porque es precisamente este último lo que el libro de estilo de EITB acepta como tercera excepción a la regla de utilizar siempre la variedad estándar: “El dialecto de origen del periodista o el contexto lingüístico en que se desenvuelve tienen una gran influencia la mayoría de las veces a la hora de hablar y a la hora de elegir tal o cual palabra”. Siguiendo a la Academia de la Lengua Vasca, que insiste en que la riqueza del euskera la constituyen sus dialectos, los responsables de EITB aconsejan acudir a éstos en busca de sinónimos.

Esto plantea, sin embargo, otro problema, el de la homogeneidad, pues no pueden utilizarse, sin que la misma sufra una merma importante, términos tomados de dialectos muy distantes. Por ejemplo, no es recomendable decir (ni escribir) “pentze batean ardiak jagon dizkizut”, porque “pentze” es un término que sólo se utiliza en el País Vasco continental para designar al prado (en los dialectos peninsulares es “zelaia” o “landa”), y por lo tanto, resulta incomprensible para el resto de vascos, mientras que “jagon” (cuidar) es una palabra estrictamente vizcaína, desconocida en los otros dialectos (que emplean el término “zaindu”). En aras de la coherencia y la homogeneidad lingüísticas, deberíamos utilizar “larre” y “jagon” o bien “pentze” y “zaindu”, pero no la primera opción. Aún más, el auxiliar verbal “dizkizut”, en *batua*, está tomado de los dialectos centrales, pero no es la forma ni labortana ni vizcaína (en el primer caso sería “dauzkizut”, en el segundo, “deutsudaz”).

Junto con este problema, aparece otro, el de los términos de uso muy restringido, es decir, las palabras sólo empleadas en determinado pueblo, o en determinado barrio. Puesto que el periodista debe primar la inteligibilidad del texto sobre cualquier otra cosa, creemos que el empleo de estos términos debe ser rechazado de plano.

Continuando con el libro de estilo de EITB, reconoce que, en algunas ocasiones, para demostrar naturalidad, facilidad o viveza, se emplean formas que no son correctas (contracciones, por ejemplo), que serían probablemente pedantes en una conversación normal, pero indica que no es aceptable que, en aras de las características antes apuntadas, se sacrifique la corrección lingüística. En ningún caso la utilización de dialectos o hablas locales puede ser excusa para no respetar todas las reglas de la lengua.

Por lo tanto, ¿cuándo pueden utilizarse en los medios de comunicación escritos los dialectos y las hablas locales, si es que deben ser utilizados? La cuestión se plantea cotidianamente, tanto en la prensa diaria como en la prensa local. En este último caso, como su difusión se limita a un área geográfica muy concreta, parece que el dialecto propio, y los usos locales, pueden y deben utilizarse, lo cual, a su vez, plantea nuevos problemas.

En los medios audiovisuales, en los que se utiliza la lengua hablada –aunque, por parte del periodista al menos, un modelo culto– está claro que el invitado puede, y así lo hará, utilizar su propia habla, por lo que, en cierto modo, está garantizada la presencia de los dialectos. Otra solución apropiada, al menos para los medios de comunicación locales de tipo audiovisual, es la que propuso el periodista de ETB Asier Aranguren, en 1994, en la revista *HABE*: que el presentador utilice el batua, incluyendo frases y giros de su lugar de origen, y que el invitado emplee directamente el habla local, es decir, una solución pareja a la que propone el libro de estilo de EITB. Pero es bastante más difícil trasplantarlo a los medios escritos: “Todos sabemos hablar en el dialecto de Aretxabaleta”, decía Aranguren de los periodistas que trabajaban en los medios locales de su pueblo, “pero luego es difícil escribir. Ahí está la discusión. Hay que utilizar el habla local, pero siempre que esté suficientemente normalizada”. A veces, en el intento de utilizar estas hablas locales, se incurre en la supuesta reproducción de frases que no son sino incorrectas: “Esamina inbiot herrixan” es en realidad “esamina egin bihar dot herrixan”, muy contraído. De esta manera, se reproduce una discusión que se creía superada en la literatura vasca.

Si examinamos más detenidamente la citada frase, podemos apreciar determinadas cuestiones:

– “Esamina”: se trata de un término tomado del castellano, para el que existe una correspondencia vasca: “azterketa”. Utilizaríamos el primero por ser ése el que en realidad se utiliza en esa localidad.

– “Herrixan” es el resultado de la palabra “herri”, “pueblo” en cualquiera de los dialectos vascos, mas el artículo determinado singular “-a”, lo que da como resultado (y así se recoge en la variedad estándar) “herria”. En determinadas zonas, se pronuncia “herrixa” (“errija”), por un fenómeno eufónico, que en otras es “herrija”, con pronunciaciones variables. Ya a principios del siglo XIX, Añibarro reprochaba esa práctica a Juan Antonio Moguel, porque la lengua escrita debe buscar las características comunes, no las particulares. ¿Deben, por tanto, reproducirse todos los fenómenos fonéticos como característica de determinada habla local, o sólo hasta el punto en que nos encontramos con la regla general, que en todo caso debemos respetar?

– La expresión verbal que hemos transcritos como “inbiot” (“tengo que hacer”) es el resultado, contraído, de “egin” (“hacer”) + “biar” (“behar”, en batua, “deber”) + “dot” (“dut”, en batua; auxiliar de primera persona del singular, transitivo). En la lengua normalizada, no se admiten las contracciones o síncopas, sobre todo porque, si ponemos esa frase en negativo, dichas palabras no se contraen de la misma forma (“Ez dot in biar”, “Ez dut egin behar”). Por una parte, se intentan hacer transcripciones pseudofonéticas, que tampoco lo son, y que no siempre son capaces de reflejar lo que la expresión oral. ¿Por qué no, en vez de “inbiot”, ‘in bi’ot”, o “(eg)in bi(ar) (d)ot”? Por otra parte, se argumenta que la decisión de hacer esta transcripción se basa en que así los propios lugareños, que, sobre todo en el caso de las personas de

edad, no están alfabetizados en su propia lengua, pueden entender mejor lo escrito, al estar más cercano a la expresión oral que los utilizan. Aunque eso, claro está, no es algo científicamente demostrado. Y, además, probablemente cualquier vasco parlante es capaz de comprender lo que tras esa expresión contracta se esconde. Puesto que es norma en las lenguas que las mismas palabras se escriban siempre de la misma forma, estas prácticas van en contra de dicha regla. Además, si una de las funciones de los medios de comunicación, y sobre todo de los medios de comunicación en lengua vasca, es enseñar, flaco favor estaremos haciendo a los hablantes que pretendan alfabetizarse leyendo ese periódico. Y, por último, también habría que criticar los criterios ortográficos: aún aceptando que “biar” sea una forma aceptable (vizcaína) para “behar”, y no una mera variante fonética, en todo caso, y respetando la ortografía unificada de la Academia de la Lengua Vasca, habría de ser “bihar” y no “biar”

– En muchas ocasiones, se emplean varias expresiones diferentes para reproducir las mismas palabras y frases, lo cual va en contra de la coherencia. No parece que sea muy correcto transcribir las frases de los entrevistados exactamente tal y como se emiten, incorporando todas las incorrecciones, vacilaciones y dudas que son aceptables para la expresión oral pero inaceptables para la escrita.

Es cierto, sin embargo, que la situación sociolingüística del País Vasco no es sencilla, y que hay que tener en cuenta muchos factores que afectan a la comunicación entre vascoparlantes. Pero también lo es que es preciso, en euskera como en cualquier otro idioma, contar con criterios claros. No es cuestión baladí determinar cómo y cuándo deben utilizarse, en el periodismo escrito, los recursos dialectales. No hay en esto, como no lo hay en ninguna otra cuestión, fórmula mágica alguna que podamos aplicar. Sin embargo, podemos dar los siguientes consejos:

a) Los dialectos también forman parte de la lengua vasca, y son buen euskera. No es posible identificar, de forma estricta, buen euskera y *euskara batua*, porque puede haber buen euskera sin que sea *batua*, y textos escritos en *batua* que sean incorrectos. Antes de que naciese la variedad estándar (Zuazo, 1992), por muchas razones, unos dialectos se impusieron a los otros, porque los propios vascos les otorgaron más prestigio. Sobre todo el labortano clásico, en concreto la variedad de Sara –la que usaron desde el siglo XVIII Pedro de Axular y sus compañeros–, en el Norte, y el guipuzcoano central, el de Larramendi, en el Sur, han sido durante siglos considerados como paradigma de la lengua culta, correcta, de prestigio. Pero, como ya hemos dicho, la propia Academia ya ha recordado en numerosas ocasiones la importancia de los dialectos, que deben ser conservados e impulsados. Por tanto, está claro que es lícito que nos valgamos de ellos, o de los recursos que nos ofrecen, en la práctica periodística.

b) Los dialectos son especialmente valiosos a la hora de buscar sinónimos, y enriquecer así nuestra expresión. En vez de escribir, por ejemplo, “ger-

takizun bat gertatu da”, es posible sustituir “gertakizun (“suceso”), de la misma raíz que el verbo “gertatu” (“suceder”) por la variante vizcaína, “jazoe-ra”, y evitar así la cacofonía. Sobre todo, el *batua* supone la unificación del sistema verbal y la ortografía –y no es poco–, por lo que, en materia léxica, es posible recurrir a la riqueza léxica de los dialectos. Siempre teniendo en cuenta que se puede optar entre palabras de idéntico significado, pero distinta raíz (“jazo” y “gertatu”), pero no entre variantes de idéntica raíz (“emon” y “eman”, “dar”), en cuyo caso hay que destacarse por la más extendida (“eman”, utilizada en todos los dialectos salvo en vizcaíno).

c) El periodista ha de buscar y desarrollar su propio estilo, y por ello debe mantener sus raíces en la medida de lo posible. Aunque desarrolle su trabajo en la lengua estándar, es perfectamente aceptable que utilice giros y expresiones de su propio dialecto, siempre que se respeten ciertas normas elementales:

1. Que se eviten términos utilizados escasamente, y que el común de los lectores no va a poder comprender.
2. Es preciso tener en cuenta quién es nuestro lector: si escribimos en un medio que sólo se publica en el País Vasco peninsular, no parece que sea muy correcto utilizar palabras suletinas, por ejemplo. Hay que dar siempre prioridad a la comprensión.
3. El texto debe tener coherencia y homogeneidad, no podemos por tanto mezclar arbitrariamente palabras de los más diversos dialectos. Teóricamente, lo que escribamos seguirá siendo euskera, pero un euskera forzado y, en muchos casos, ininteligible.
4. Las palabras que tomemos de cualquier dialecto han de ser formas correctas, nunca formas eufónicas, contracciones y expresiones aceptables para la comunicación coloquial, no para la culta.

d) En ocasiones, cuando se vierten las palabras de los protagonistas de la información (declaraciones, entrevistas), y cuando resulte conveniente, puede respetarse su forma de hablar. Será el periodista y el medio de comunicación quienes decidan cuándo es conveniente utilizar este recurso y cuándo no lo es. Veamos tres ejemplos:

1. En *Eguna* se editó, en los años 80, una entrevista con la última hablante de un dialecto de Navarra, el roncalés. En aquella entrevista el propio dialecto, que se daba por desaparecido, era el protagonista, por tanto, los autores del texto incorporaron al mismo todos los elementos que pudieron de la conversación: las palabras castellanas que introducía, las formas alocutivas, correctas o no, rasgos de la pronunciación, etc.
2. Supongamos que un periodista debe realizar un reportaje sobre un determinado pueblo, y que éste debe editarse en un medio de comunica-

ción que se lee en todo el País Vasco. En determinados pasajes de ese reportaje, por ejemplo, citamos cómo la variedad local sufre un retroceso debido a la introducción del *batua* en la enseñanza, y cómo sólo los más mayores conservan la riqueza dialectal. En este caso, será pertinente introducir las declaraciones de algunos de estos hablantes, y reproducir la forma en que hablan, intentando sin embargo que sea una transcripción coherente y lo más correcta posible. Aquí es pertinente que se reproduzca el habla local (más si es un medio de comunicación local, donde el problema de la comprensión del lector no es obstáculo), porque la forma es significativa.

3. Se hace un reportaje sobre un descubrimiento científico, pongamos por caso, y una de las personas que entrevistamos habla en dialecto vizcaíno. Transcribiremos, sin embargo, sus palabras en *batua*, porque aquí la forma no es significativa, sino que lo son las declaraciones en sí.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANBURU BENGOETXEA, Antton (1994), "Euskara eta kazetaritza", in *Euskera*, 1994, 1, 39. liburukia. Bilbo: Euskaltzaindia.
- ARRASATE, Manu (1992), *Euskarazko albistegiatarako esku-liburua*. Bilbao: Eusko Irrati Telebista.
- AZKUE, Resurrección María de (1935), *Gipuzkera osotua*. Bermeo: Gaubeka.
- CAMPION, Arturo (1884), *Gramática de los cuatro dialectos literarios de la lengua vasca*, Tolosa.
- DÍAZ NOCI, Javier (1994) "Gerra aurreko euskarazko kazetaritza eta hizkuntz-ereduak", *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*, XXVIII, 1. San Sebastián: Diputación Foral de Gipuzkoa-Universidad del País Vasco.
- (1995a), *Euskal prentsaren sorrera eta garapena (1834-1939)*. San Sebastián: Sociedad de Estudios Vascos.
- (1995b), *Kazetaritza-Idazkuntzarako eskuliburua: Informazio-generoak*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- ETXEBARRIA ZAMALLOA, Igone (1994), "Hizkuntz egokitasuna Euskal Telebistako saioetan", in *Euskera*, 1994, 1, 39. liburukia. Bilbo: Euskaltzaindia.
- ETXEZAHARRETA GALZAGORRI, Luzien (1994), "Euskararen erabilpen zuzena Iparraldeko komunikabideetan", in *Euskera*, 1994, 1, 39. liburukia. Bilbo: Euskaltzaindia.
- EUSKALDUNON EGUNKARIA (1992), *Euskaldunon Egunkariaren estilo-liburua*, Euskaldunon Egunkariaren Bilduma (segunda edición renovada, 1995).
- FISHMAN, Joshua (1982), *Sociología del lenguaje*. Madrid: Cátedra.
- LAFFITTE, Pierre (1944/1987), *Grammaire basque sur le navarro-labourdin litteraire*. Baiona: Elkar.
- PAGOLA, Rosa Miren (1991), *Dialektologiaren atarian (Euskal Dialektologiaren historia-
ra hurbilketa)*. Bilbao: Gero-Ediciones Mensajero.
- PALAZIO, Gorka J. (1994), *Hedabideetako euskara*. Bilbo: Euskal Herriko Unibertsitatea.

- PETRIRENA ALZAGUREN, Patxi (1994), "Euskararen erabilera zuzena *Euskaldunon Egunkariaren* ikuspegitik: arloz arlo", in *Euskera*, 1994.
- TORREALDAI, J.M. (1985), *Euskal telebista eta euskara*. Donostia: Elkar.
- VILLASANTE, Luis (1980) *Hacia la lengua literaria común*. Oñate: Editorial Franciscana Aránzazu.
- (1989), *Euskararen auziaz*. Oñati: Ed. Franciscana Aránzazu.
- ZUAZO, Koldo (1988), *Euskararen batasuna*. Bilbo: Euskal Herriko Unibertsitatea/Euskaltzaindia.
- (1992), "Euskaldunek euskalkienganako izan dituzten jarrerez", *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo*, Gehigarriak, XV, Donostia, Gipuzkoako Foru Aldundia/Euskal Herriko Unibertsitatea.
- ZUBIMENDI, Joxerramon (1995), *Joskera-liburua*. Oiartzun: Sendoa.
- ZUBIMENDI, Joxerramon; ESNAL, Pello (1993), *Idazkera-liburua*. Gasteiz: Eusko Jaurlaritza, Kultura Saila.